

PRESENTACIÓN DE “COSIDO A MANO”, de Vicente Seguí

Sociedad Económica de Amigos del País, 24 de febrero de 2022

Conozco a Vicente Seguí hace cuarenta años, desde que podemos considerarnos adultos. Hay circunstancias en la vida que, con independencia de nuestra edad biológica, nos hacen verdaderamente adultos de golpe. Son esas circunstancias en las que, libres de las redes y seguridades que nos atan a lo conocido-y, por tanto, lo dominado- nos enfrentan al vértigo de asumir responsabilidades. Para mí, Vicente y otros amigos, esa circunstancia fue la redacción del PGOU de Málaga del 1983, que nos obligó a confrontar con la realidad nuestras ideas, pasiones, inseguridades, certezas e intuiciones...esto es, todo lo que bulle en el espíritu de un joven cuando está en el trance de formar lo que habrá de ser su personalidad. Pero no confrontarlas como una terapia individual para fortalecer el músculo del espíritu, sino nada menos que, en nuestro caso, para **decidir** e **incidir** coactivamente en los destinos de toda una ciudad- la Málaga democrática- y de un tiempo que, por aquel entonces, todavía era el nuestro.

Éramos un grupo de profesionales heterogéneo agrupado en una asociación temporal de soledades, pues todos los arquitectos, ingenieros, abogados, economistas, geógrafos, demógrafos, delineantes y administrativos que ahí trabajamos nos encontrábamos solos. Ahora podemos decir que la cosa salió bien; y ahora, por tanto, podemos decir abiertamente que ninguno de nosotros contábamos con esa experiencia de años y ese ejercicio de “reconocido prestigio” que hoy la Administración Pública suele exigir para adjudicarle a alguien un contrato en un concurso de postín. No teníamos experiencia de años, peor aún, no teníamos experiencia de nada, pero sobraba voluntad donde no podíamos acumular prestigio. Era una época de nuestra ciudad- y, en realidad, del país- en la que la falta de conocimiento se suplía por la pasión y ese ejercicio agotador e intenso que significa pasar de nuestras lecturas y nuestras frágiles convicciones teóricas a la práctica, en un aprendizaje acelerado y fecundo, pero que al tiempo te dejaba con esa zozobra moral que siempre queda cuando crees que tus principios han quedado desvirtuados por la contaminación de la realidad.

Me acuerdo de todo esto ahora que he leído, releído y subrayado hasta rajarse el papel este relato de Vicente, “**Cosido a mano**” que hoy presentamos. Y me acuerdo porque quizás ahora entiendo mejor algunos aspectos que para mí siempre fueron algo enigmáticos de su personalidad. Rebobino y me acuerdo ahora de que en la oficina del PGOU Vicente

estaba en función de economista, pero un economista especial: no estaba allí haciendo cálculos de aprovechamientos urbanísticos, edificabilidades, coeficientes de ponderación y toda esa ganga estúpida y esterilizante con la que en el urbanismo de hoy el diseño de la “urbs” ha quedado reducido a un juego de Palé o Monopoly para entretenimiento de legisladores mostrencos, y del que toda consideración de “cívitas” ha quedado excluida. Vicente estaba allí como **urbanista**, en un sentido auténtico y ya casi antiguo de la palabra. Y así se reconoce él mismo en la historia que aquí nos cuenta por boca del narrador, que es su indudable “alter ego”, cuando ya desde el principio lo declara sin ambages para explicar, dejando claro cómo y por qué, esta profunda penetración en el alma humana que es “**Cosido a mano**” está estrechamente vinculada con el espacio, con el lugar, con la geografía, con el territorio, las fronteras, con las estaciones, los barcos y los trenes. “*No entiendo a los individuos fuera de sus lugares. Es el **lugar** el que me hace entender a la gente*”, dice. Recuerdo a este mismo Vicente que así habla andando entonces entre las mesas, reflexionando, prudente y respetuoso con los que coordinábamos los trabajos del Plan General, pero suministrando teoría, armazón conceptual e ideológico a lo que hacíamos. Vicente estaba tan verde como todos nosotros, pero había observado mucho, había leído mucho, seguramente mucho más que la mayoría y ya debía intuir entonces lo que cuarenta años después iba a dejar escrito en esta indisimulada autobiografía de sus pensamientos e inquietudes: que la insatisfacción forma parte de la esencia del ser humano el cual cree que, localizándola, encarnándola en algún lugar determinado, la puede colmar. Los lugares son, pues, la representación de un destino. Vete tú a explicarle hoy a la administración pública del urbanismo que un Plan General es la representación de un destino. Realmente Vicente siempre conseguía darle un sentido a aquello que tenía una irremisible vocación de degradarse en burocracia.

Por eso, y por su trayectoria posterior, siempre tuve a Vicente un gran respeto y afecto emanados de la sintonía en muchas cosas relacionadas con lo que a ambos nos apasiona, que es la Ciudad. Porque tanto a él como a mí, y parafraseando aproximadamente a Terencio, podíamos decir que “nada de lo urbano nos es ajeno”. Pero como digo, había en él algo que me resultaba enigmático y no sabía por qué. Ahora sí lo sé. Vicente era valioso por el urbanista que mostraba, pero no por el pensador profundo, el agudo escrutador del alma humana, y el escritor dotado de una sorprendente técnica narrativa que ocultaba su máscara, la máscara de quién fue administrativo de banca, funcionario público y político ocasional. Qué llamado se lo tenía.

“**Cosido a mano**” es un relato singular. Podría ser una novela-río de una saga familiar a lo largo de casi un siglo, desde el segundo tercio del siglo XIX hasta el momento presente, si incluimos dentro de esa saga al propio autor pues, como veremos, es un personaje más, involucrado en la acción: una saga en la que, como decimos, personajes y lugares se entrelazan en la madeja de sus destinos. Para saber de qué hablamos, y especialmente para los que no hayan leído aún este libro, permítanme una breve presentación de su trama, que no sinopsis, porque no sé hacer sinopsis sin destripar esa trama con un *spoiler*. Veamos:

La historia comienza con **Giorgio y Ana**, padres del patriarca de la saga, **Mija Tsjakala**, creo que rumano o, en todo caso, oriundo de algún lugar de ese territorio euroasiático del Mar Negro, los Balcanes, Armenia, Transilvania, los Cárpatos o Azeirbayán.... escogido por el autor por ser la quintaesencia de lo fronterizo entre dos mundos, Oriente y Occidente, lugar que se rige por las reglas de la ósmosis, el pacto, el acuerdo, el traspaso, el movimiento, la fluctuación y ese nomadismo que, como el autor nos hace descubrir a lo largo de la historia, es la condición esencial del ser humano aunque a veces no lo sepa o la ahogue; el nomadismo es su destino íntimo y una condición moral, en la medida en que en la ósmosis no existe el “uno **O** el otro”, sino el “uno **Y** el otro”, en contra de ese principio dual que el pensamiento dialéctico occidental, teñido de solapado utilitarismo, se ha encargado de consolidar para excluir, segregar, codificar y establecer el valor de las cosas, el dentro o el fuera, el logos o el caos, el nosotros o el ellos, lo que vale o lo que no, lo que debe ser acogido o lo que debe ser perseguido, la naturaleza o la ciudad, la vida o la muerte.

Mija Tsjakala está casado con **Catalina** y es padre de **Bou Chaid**, uno de los personajes nucleares de la saga; la familia pertenece a la burguesía de Bucarest cuando a finales del siglo XIX la ciudad vivía los momentos de esa suntuosidad en la que por todas partes se dejaba sentir el influjo del París de Napoleón III, antes de los momentos epigonales del imperio austrohúngaro; ambos tienen un amigo judío sefardí, **Elías**, padre de **Salob**, futura esposa de Bou Chaid. Pocos años después, Bou y Salob abandonan Bucarest ante los anuncios de la gran Guerra y se instalan en la Viena, la Rotten Viena mirífica de Popper, Wittgenstein, Freud, Klimt, Bauer, Koloman Moser, Olbrich, Loos, Otto Wagner, Richard Strauss....esa Viena fulgurante que escondía en su interior el huevo de una serpiente, bella y perversa como unas flores del mal, La “Viena fin de Siècle” que tan bien retrató Carl Shorske y Maurice Ravel en La Valse. El largo episodio de Bou y Salob en Viena tras su partida desde la adusta Gara de Nord de Bucarest, episodio de conmovedor desenlace, le sirve a Vicente para escudriñar,

analizar, con una mirada entre entomólogo y poeta, los más minúsculos átomos en los que se pueda descomponer la naturaleza humana, los más recónditos pliegues de sus almas en lo que de arquetípico puedan tener estos personajes: el apasionado Bou fundido con el torbellino de los tiempos y la eterna Salob, ya madre, fundida a su vez con la llamada imperiosa de la naturaleza, la voz telúrica de la maternidad.

Fugazmente estos personajes han sido precedidos por la figura de **Sonera**, la abuela de **Salob**, una dama haitiana, o parisina, amiga de Gauguin, que le sirve a Vicente para una cruda interpretación de la nueva ciudad moderna, ostentosa, poderosa y cruel que se está imponiendo modélicamente en el mundo, como digo, la París de Haussmann y Napoleón III, construida sobre el dolor de la ciudad popular desaparecida, arrasada, el París de la Comuna. Aquí el urbanista Vicente deja por siempre claro que a partir de entonces ese *“aire de la ciudad que nos hacía libres”* según el hermoso adagio alemán atribuido a Hegel, sería un viento de libertad solo para sus dueños, para los que detentaban la patria potestad del lugar pero no para los apátridas de toda condición, los que consideraban la ciudad, no como una bolsa de valores económicos sino como creación, como refugio, el territorio fantasmal de los nómadas expulsados de ese formidable generador de plusvalía en que se había convertido lo urbano.

Salob, exiliada en el Lazio pocos antes de la II Guerra mundial, tiene dos hijos gemelos, **Tommaso** y **Rodrigo**, y ambos embarcan para España en el buque Conte Verde cuando la Italia de Mussolini se hace irrespirable, en una diáspora hacia Cádiz desde el puerto de Cartagena, con la intención de emigrar hacia la Tierra Prometida de América. En el viaje en el tren doliente de postguerra con parada en esa nostálgica encrucijada ferroviaria de Alcázar de san Juan, *“la piedra angular de la España gris de entonces”*, en donde hasta el prodigio es posible, ambos tienen dos epifanías amorosas de distinto cariz, con los personajes de **Maruja la China**- en el tren- y la bella **Armila** en Cádiz, respectivamente, y en adelante la narración va arribando mansamente a un punto de llegada que no es tal, sino unos puntos suspensivos que pueden anunciar continuación, sí, pero que también pudiera ser un fin, pues tal es el grado de sobrecogimiento con el que se nos queda el ánimo tras tanta acumulación de tensión poética que solo puede superarse con la catarsis de un final, tan misterioso como bello. (Hay principios de relatos memorables, como el de *“Moby Dick”*, el Quijote o *“Cien años de soledad”*, pero también finales como el de éste, un bellísimo hilván descosido a mano que te deja flotando, como un vilano en el aire, o te deja ansioso por abordar la continuación de la historia). Y

entremedio, el dramático interludio de **María**, cuyo significado en la trama dejo a la interpretación del lector.

Y tras esta sinopsis, que el autor probablemente juzgará algo torpe, no quiero terminar esta presentación sin manifestar una opinión sobre esta obra sorprendente.

Habrán observado que prefiero llamar a esta obra **narración** en vez de novela, porque se trata de un cuento, una historia, una narración, de una espléndida y genuina narración según los cánones con que ya Fernando Savater identificaba el género en su maravillosa “La Infancia recuperada” y Walter Benjamin en su ensayo “El narrador”. Aquí se dan los ingredientes que estos autores reclaman para construir una narración perfecta, **“para contar bien una historia”**. Para empezar, el mundo que sobrevuela estos cien años de historia transcurridos a través de la convulsa Europa y desde los abuelos a los nietos, es el mundo atemporal y mitológico fabricado por el autor, Vicente, que es un personaje más de esa historia, como médium entre ella y nosotros, los lectores, convertidos también en personajes. Este libro nos da la voz a todos. Vicente nos narra una historia en el espacio y en el tiempo que toma prestada de la realidad sus perfiles, sí, pero los trasciende a una instancia a-temporal, un campo de maniobra para el libre juego de los arquetipos que cada personaje representa y a cuyo conjuro retornan desde las profundidades de la memoria. Dice Savater en el ensayo citado: *“La repetición que la narración busca se inscribe en el tiempo cíclico de los mitos: lo que vuelve no es la historia, sino la poesía, la creación”*. Lo comprobarán cuando lean este libro: la historia se va desvaneciendo y todo, absolutamente todo se va convirtiendo en **poesía y en creación**, en aventura y reflexión sobre nosotros, sobre los límites de nuestra voluntad en ese torbellino, en esa fusión panteísta entre el Hombre y la Naturaleza de la que forma parte en un todo indiscernible. Están aquí presentes Spinoza, Schopenhauer, Nietzsche o Kirkegaard, todos los grandes pensadores que han tenido a la ética, la angustia, la libertad y el albedrío como ejes de su pensamiento. Sus ecos se escuchan siempre en esta narración que está estructurada en forma de diálogos entre personajes, a la manera de los diálogos platónicos, en presencia de la ciudad, los trenes, los barcos, las guerras y los paisajes, no como trasfondos inertes sino como actores de esa tragicomedia total que es la vida. Y para que vean cómo esta historia se ciñe rigurosamente a los cánones de la buena narración, tomo aquí prestadas de Savater y Benjamin algunas de las, digamos, reglas de la buena narración que en esta se cumplen escrupulosamente:

“El narrador de historias siempre acaba de llegar de un largo viaje, en el que ha conocido las maravillas y el terror”. Todo suele empezar por el plano de un tesoro, de una carta, de un mensaje que estimula a la pesquisa, al descubrimiento y a repetir el viaje del Ulises que todos llevamos dentro. Aquí son unos documentos encontrados en la capilla de San Carlos de la catedral de San Giusto, en Trieste, que te llevan a Viena, al centro de la Memoria Histórica de Salamanca, a los Archivos del Museo de Roma y a otros lugares siguiendo el rastro de la saga en un largo peregrinar documental que es en sí mismo una aventura.

“El narrador incluye a su oyente en el relato mismo, en calidad de futuro protagonista”. ***“El narrador toma lo que narra de la experiencia; de la propia o de la historia que le han contado. Y a su vez la convierte en la experiencia de los que escuchan su historia”***; ***“La narración pertenece a la órbita de lo íntimo y religioso: desde su planteamiento es un puro esfuerzo espiritual, artificio”***. ***“El narrador cuenta siempre la historia desde el punto de vista del héroe”***. Pues bien, todo esto se da aquí en estado puro. En los diálogos entre los personajes se involucra el narrador que, a su vez, nos implica a nosotros en la medida en que nos pone a pensar, como si formáramos parte de los debates, toda vez que hemos reconocido al instante que están hablando de nosotros mismos, de cosas que no sólo les conciernen a ellos sino a todos nosotros, convertidos así, más tarde o más temprano, también en protagonistas. Dijimos en la sinopsis que los dos hijos de Salob, Tommasso y Rodrico tuvieron sendas epifanías, sendas apariciones con las dos mujeres que se le cruzaron en su peregrinar hacia Cádiz, hacia el Oeste y la salvación. Realmente podemos decir que toda la narración es una sucesión de epifanías, manifestaciones inefables y, en cierto sentido, religiosas; epifanías de las cosas en el modo en que las utilizaba Joyce para describir el momento en que ***“el alma del objeto más común nos parece radiante: cuando el objeto logra su epifanía”***. O Joseph Conrad, cuando describió la epifanía como ***“uno de esos raros momentos de despertar en el que todo ocurre en un instante”***. Es el infinito en un junco de Irene Vallejo, es la intuición que Rodrico tiene del infinito cuando en la estación de Alcázar de san Juan ve a Maruja y su hija descender del tren. ***“La epifanía es una revelación sin Dios, una búsqueda íntima, donde el entendimiento humano se aclara durante un momento fugaz, donde toda la realidad se despoja de las mentiras... y nos paramos”***.

Y aquí me paro yo, porque de lo contrario no va a poder hablar ni el autor. Sólo me queda recomendarles encarecidamente este largo cuento, esta sucesión de momentos fugaces “cosidos a mano” en los que el entendimiento humano se aclara hasta el infinito, que habla de unos

personajes que somos nosotros. Un cuento que está lleno de pensamientos, de aforismos bellísimos y profundos que nos pueden maravillar o dejar noqueados por subvertir nuestras certidumbres y, sobre todo, por instarnos a emprender la maravillosa aventura del pensar, cada día menos practicada. Quizás no sea fácil, pero encuentren la ocasión y el modo adecuado de leer este libro; háganlo con los poros de la piel o con el diapasón del alma, que así es la postura requerida por la poesía para alcanzar sus secretos y en ellos encontrarán la recompensa. Porque este es el relato de un contador de historias inmortales tras el que se agazapa un urbanista, pero un urbanista apasionado que nos había hecho esperar demasiados años para mostrarnos su magnífica aptitud de escritor, su formidable aliento de poeta.

Salvador Moreno Peralta

24 de Febrero de 2022

